

ENTRE LÍNEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



Etienne

María Paula Beltrán Eguizábal
mpbeltrane@ut.edu.co
Seguridad y Salud en el Trabajo
II semestre
IDEAD – Universidad del Tolima

I: El Hospital Viejo

Había algo en ese hospital viejo de muros agrietados y ventanas polvorrientas que siempre había fascinado a Alaska. Desde niña, cuando pasaba por el hospital psiquiátrico al final de la avenida, sentía que algo en su interior se quedaba atrapado detrás de esos cristales empañados. La visión del lugar le

producía una extraña fascinación, una sensación de inquietud y curiosidad que no podía explicar. Su madre siempre le había prohibido acercarse a ese sitio. “Es un lugar de locos, Alaska, no te acerques”, le decía con voz seria.

Pero a pesar de las advertencias, algo en ella la empujaba a querer entender lo que otros evitaban. Así que una tarde gris, cuando el viento arrastraba las hojas secas por las calles y la ciudad parecía sumida en un silencio sombrío, Alaska decidió entrar al hospital. Caminó por los pasillos largos, sus pasos resonando en las baldosas frías, hasta llegar a una sala amplia, iluminada por ventanales altos. Fue allí, junto a la ventana, donde lo vio por primera vez.

Un muchacho de cabello oscuro y desordenado, con la piel pálida y unos ojos verdes tan intensos que parecía que podían ver más allá de todo. Sus ojos eran verdes como las hojas de los árboles justo antes de que llegara el otoño. Etienne. Así se llamaba. Estaba sentado junto al vidrio empañado, dibujando círculos con el dedo. Parecía estar perdido en sus pensamientos, como si esperara una señal que solo él pudiera entender.

Alaska no dijo nada al principio. Se sentó a su lado sin saber por qué, como si fuera un acto instintivo. El silencio entre ellos no fue incómodo. En ese lugar, en ese instante, Alaska sintió que, por primera vez, algo extraño y hermoso sucedía. Desde ese día, comenzó a visitar la sala cada viernes después de clases. Le mentía a su madre, le decía que iba a la biblioteca o a estudiar con sus amigas. Pero lo único que realmente quería era sentarse junto a ese muchacho de ojos verdes y escuchar las historias que siempre le contaba, aunque no siempre las comprendiera.

II: ¿Crees que soy raro?

Aquella tarde de octubre, Alaska se envolvió en su bufanda azul, como siempre, para cubrir la fría sensación de soledad que a veces la

SECCIÓN DE CUENTO

envolvía. En casa había tenido otra pelea con su madre, quien una vez más le advirtió: "Solo vas a llenarte la cabeza de fantasmas, Alaska. Ese hospital no es un lugar para ti". Pero, como siempre, Alaska no le prestó atención. No podía dejar de pensar en los ojos verdes de Etienne, y cada vez que los veía, algo dentro de ella se encendía.

Cuando llegó al hospital, Etienne estaba en su rincón favorito, junto a la ventana. El viento de la tarde entraba por las rendijas y agitaba las cortinas descoloridas. Etienne estaba allí, mirando al vacío, con la cabeza apoyada en el cristal y los dedos trazando figuras invisibles en el vidrio empañado. Alaska se sentó a su lado y lo miró en silencio. No sabían qué decirse, pero el silencio no les molestaba.



De repente, sin mirarla, Etienne murmuró:

—¿Tú crees que soy raro?

Alaska lo miró de reojo, su corazón latiendo rápido. No sabía qué responder, pero al mirarlo a los ojos, pensó que era una de las personas más especiales que había conocido. Le sonrió con sinceridad.

—No, yo... creo que eres lindo.

Etienne levantó la mirada, y por primera vez desde que lo conoció, sonrió de verdad. Fue una sonrisa pequeña, tímida, pero real. Sus ojos verdes brillaron con una intensidad que hizo que Alaska sintiera un cosquilleo en el estómago. Desde ese momento, supo que ya no podría alejarse de él. Algo en su interior le decía que su vida nunca volvería a ser la misma.

III: ¿Por qué nadie lo ve?

Las semanas pasaron, y las visitas de Alaska al hospital se convirtieron en una costumbre que ya no intentaba ocultar. Pero, a medida que pasaba el tiempo, comenzó a notar algo extraño. Nadie, absolutamente nadie, parecía ver a Etienne. Las enfermeras cambiaban de tema cada vez que lo mencionaba. Los otros pacientes, si es que alguna vez hablaban de él, lo hacían como si no existiera. Incluso el personal médico parecía no saber de su existencia.

Una tarde, con la inquietud creciendo dentro de ella, Alaska se armó de valor y preguntó a una enfermera de turno:

—¿Etienne está bien hoy?

La enfermera la miró confundida y frunció el ceño.

—¿Etienne? Aquí no hay ningún paciente con ese nombre, cariño.

El corazón de Alaska se detuvo por un momento. El mundo, por un instante, pareció desmoronarse alrededor de ella. Salió corriendo

de la sala, sin saber qué hacer, hasta llegar nuevamente al rincón junto a la ventana. Y ahí estaba él, como siempre, con la cabeza apoyada en el cristal, los ojos verdes brillando como dos esmeraldas en la penumbra. Etienne la miró, sonrió y le hizo un gesto para que se sentara junto a él. Alaska no entendía lo que sucedía, pero decidió quedarse allí, porque junto a él sentía que nada malo podía pasar.

IV: Invisible

Un viernes, Alaska sintió una sensación extraña en el pecho, como si todo fuera a derrumbarse. Caminó más rápido de lo normal, empujada por una ansiedad que no podía comprender. Al llegar al hospital, todo parecía más silencioso que de costumbre. El pasillo estaba vacío, sin las voces familiares de los enfermeros ni el sonido de los pacientes conversando.

Entró en la sala de la ventana, pero allí no estaba Etienne. El rincón donde siempre lo encontraba estaba vacío. Alaska recorrió todo el hospital en busca de él. Preguntó a médicos, a enfermeras, a otros pacientes, pero nadie sabía nada de Etienne. Nadie parecía recordarlo. Las miradas que le dirigían estaban llenas de lástima y miedo.

Desesperada, regresó a la sala y se sentó en el suelo, abrazando sus rodillas. El sol ya se había puesto y la sala comenzó a llenarse de sombras. Susurraba el nombre de Etienne una y otra vez, como si eso pudiera hacer que él regresara.

Finalmente, cuando la noche ya lo envolvía todo, una enfermera se acercó a ella. Se agachó junto a Alaska y, con voz suave, le habló:

—Alaska... es hora de tomar tus medicamentos. Etienne no va a venir, cariño. Nunca existió. Tú lo creaste.

Las palabras de la enfermera se clavaron en su pecho como un puñal, pero Alaska no dijo nada.

Solo abrazó su bufanda azul con fuerza, mientras se negaba a aceptar lo que le estaban diciendo. En su mente, podía recordar perfectamente cada detalle de Etienne: sus ojos verdes, su voz suave, su sonrisa tímida. Etienne no podía ser un invento. Nadie podría imaginar algo tan real. Esa noche, en su habitación, abrazó la bufanda azul, cerró los ojos y se prometió que, aunque fuera una ilusión, nunca lo olvidaría. Recordó las historias que él le contaba, de cielos que cantaban y estrellas con nombre propio. Susurró su nombre una última vez, sin esperar respuesta.

—Etienne...

El silencio fue lo único que escuchó.





ENTRE
LINEAS